



Julia Ortiz Ramírez

NI DURMIENDO POCO

No hablamos de un día cualquiera. Hablamos del típico día que te acuestas pensando en lo poco que tienes que hacer al día siguiente, y la cantidad de tiempo que vas a tener para ti, solamente para ti. Para gastarlo en aquellas cosas de las que siempre tenemos ganas pero por falta de tiempo dejamos de lado, como dormir un poco más, hacer un desayuno continental al despertarte, tomar el sol, o salir a dar un paseo.

<<Mantuve mi postura y casi ni abrí los ojos intentando aprovechar las últimas horas de oscuridad que quedaban>>

Es entonces cuando el desagradable pitido del despertador de tu vecino entra en tu habitación rompiendo esa paz y tranquilidad de tu descanso a media noche. Precisamente, no estamos hablando del despertador de un cocinero que se levanta a las 10 de la mañana para preparar sus deliciosos platos. Mi vecino es pescadero y su hora de despertarse coincide con la hora en la que yo voy por el quinto sueño. Luis se levanta a las 5 de la mañana, y ese día, a parte de mi sobresalto por escuchar su alarma despertador, un grupo de jóvenes pasaba por la calle de fiesta, con un tono de voz un tanto impertinente. Por lo tanto, este fue el factor clave para que mi desvelo fuese más preocupante.

Mantuve mi postura y casi ni abrí los ojos intentando aprovechar las últimas horas de oscuridad que quedaban. Y afortunadamente, cuando me di cuenta, ya era de día. Esta vez no me había despertado mi despertador ni el de mi vecino. El fuerte impacto de la lluvia contra el tejado de chapa de la cochera, hizo que me desvelase de nuevo. Esta vez ya de forma definitiva.

Me levante, con mi deseo de aprovechar el día al máximo en lo que deseaba, pero este deseo se fue deteriorando ya que ni pude dormir lo que deseaba, ni el tiempo acompañaba mi idea de salir a tomar el sol o dar un paseo. Por lo tanto, me dispuse a desayunar sin prisas al mismo tiempo que veía llover. Pero los planes seguían torciéndose. No queda leche. Un tanto cabreada me vestí con prisas, cogí mi paraguas y me monté en el coche. El típico atasco mañanero de un día de lluvia, me hizo ver que mi magnífico día soleado en el que iba a dar un paseo se convierte en un día como otro cualquiera en el que el estrés del coche, la cola del supermercado y la lluvia, cambian un día tranquilo y soleado por un día amargo y ajetreado.